

ALONSO ALONSO, María Ángeles: *Los médicos en las inscripciones latinas de Italia (siglos II a. C.-III d. C.). Aspectos sociales y profesionales*. Santander: Ediciones Universidad de Cantabria, 2018, 325 pp. [ISBN 978-84-8102-864-5].

El libro de M.<sup>a</sup> Ángeles Alonso Alonso que ahora presentamos es fruto de su tesis doctoral. Tal y como señala el título de la obra, el trabajo nos permite un acercamiento global a la problemática de los médicos en la Italia altoimperial desde la información fundamental que nos ofrece la epigrafía, si bien también son usadas profusamente las fuentes textuales, tanto las específicamente médicas como las no médicas, y, en mucha menor medida, las de carácter arqueológico.

La obra se articula en torno a tres grandes áreas temáticas: el estatus e identidad de *medicus* en la antigua Roma, los médicos y la *medica professio* y, finalmente, los espacios profesionales del *ars medica*. El trabajo se cierra con unas conclusiones y con lo que sin duda es la principal aportación de la obra, dos anexos que incluyen el corpus de inscripciones latinas de profesionales médicos procedentes de Roma y las *Regiones Italicæ Augustæ*, con un total de trescientas once inscripciones (Anexo I), a las que se suman otras seis falsas (Anexo II). La obra cuenta igualmente con un extenso y útil índice epigráfico.

Esta focalización del estudio en la península italiana se justifica por varios motivos. El más importante de ellos por ser la capital del Imperio la ciudad que recibió el mayor aporte de profesionales médicos y ser el centro irradiador al resto del territorio

peninsular. En cuanto a la elección del arco cronológico del trabajo, se debe fundamentalmente a una cuestión de disponibilidad de fuentes, pues es en este segmento cuando encontramos las primeras menciones epigráficas a médicos en Italia (siglo II a. C.), mientras que después del siglo III d. C. el uso de la epigrafía decae drásticamente. Y es precisamente esa revisión y estudio de la epigrafía italiana la que confiere una de sus grandes virtudes al estudio, pues desde hacía tiempo no se realizaba una actualización del tema, sí disponible para algunas provincias del Imperio en los trabajos de E. Samama, M. Hirt Raj, C. Nissen, B. Rémy y D. Aparaschivei. A este mérito habría que añadir el que éste trabajo se realiza desde enfoques metodológicos modernos sobre la medicina antigua y más concretamente sobre la romana.

Partiendo de estas premisas el libro se inicia planteando la evolución de la medicina científica en Roma, que se inaugura con la llegada en el 219 a. C. del médico Arcáгато procedente del Peloponeso, según nos informa Plinio el Viejo, aunque habrá que esperar hasta el siglo siguiente para contar con los primeros epígrafes referidos a médicos en Italia, como el del cirujano griego *L. Manneius Q Menecrates* (Anexo I, n.º 229). A partir de este momento asistiremos a un continuo movimiento de recepción de médicos procedentes de Grecia a lo largo del siglo II a. C. Proceso que iría sustituyendo poco a poco, pero ineludiblemente, aunque no sin reticencias, a la medicina tradicional romana ejercida por el *pater familias* dentro del entorno doméstico, con una base de medicina natural y mágica, por un

personal cualificado y con un carácter más científico.

Esta generalización de la profesión médica en Italia, aunque contó con una cierta resistencia ideológica por parte de los tradicionalistas, tal y como se evidencia en las fuentes textuales, conllevó un cierto éxito social, tal y como puede comprobarse en hechos como el propio monumento epigráfico (de hecho, los médicos son los profesionales más representados en la epigrafía italiana), o las medidas jurídicas que favorecieron su proliferación tomadas por Julio César y Augusto. Pero es también obvio en la integración, como esclavos, en las familias senatoriales. Como señala M. A. Alonso, este proceso acabará produciendo el progresivo aumento de los profesionales de la medicina griega, especialmente en la época de Augusto, tal y como significativamente muestra el aumento de los epígrafes en Italia de médicos procedentes de Grecia y Asia Menor (págs. 28-33). Unos médicos que, en su inmensa mayoría, eran de extracción servil, si bien la documentación de un elevado número de médicos libertos apunta a la posibilidad de su promoción, lo que, en consecuencia, condicionaría frecuentemente su práctica profesional dentro de las relaciones de patronazgo (págs. 60-61). Y si bien existe una cierta heterogeneidad en cuanto a situaciones, la epigrafía muestra que algunos médicos pudieron llegar a alcanzar niveles elevados en su posición social, como en el caso de *medici Augusti* y los *Augusti liberti*.

Un aspecto relevante sobre el que la epigrafía arroja alguna luz es la cuestión de la formación de los médicos. Es sobradamente conocida la inexistencia en Roma de una

instrucción médica de carácter oficial y mínimamente organizada, así como de escuelas como las que existían en Asia Menor. Como la autora hace notar, en este sentido son de especial interés los epígrafes que mencionan la existencia de esclavos de médicos, puesto que podrían estar enmascarando la transmisión del conocimiento médico. Así, entre este escaso número de ejemplos, sobresale el epitafio del médico *Glycerus* (Anexo I, n.º 91), en el que el dedicante, *M. Aufidius Apollonius*, se refiere al difunto como *discens*. Se trata de un unicum en la epigrafía italiana, a la que podemos sumar la del *discens Nothus* de *Augusta Emerita* (págs. 65-66), que nos ponen en la pista sobre la existencia de médicos enseñantes.

Otro de los aspectos tratados en el trabajo es el de la religiosidad de los practicantes de la medicina. La autora del libro constata en su investigación la escasez de inscripciones religiosas debidas a médicos, siendo las conocidas mayoritariamente dedicadas a divinidades de carácter salutarífico como Asclepio e Higiá, lo que, por otra parte, no es de sorprender, teniendo en cuenta además los aspectos mágicos vinculados frecuentemente a las prácticas médicas.

Desde el punto de vista de la promoción social, el estudio pone en evidencia que los médicos, privados frecuentemente del *ius honorum* por su origen servil, utilizaron para su promoción social la vía del *sevirato* Augustal, un sacerdocio dedicado a la organización del culto imperial a nivel local (págs. 73-82).

Tras esta caracterización cronológica y social, en el capítulo segundo se pasa revista a lo que la autora

denomina «los espacios profesionales del *ars medica*». Este estudio incluye por extenso una particularidad propia del ámbito itálico: la existencia desde el siglo I a. C. de una terminología específica para diferentes especialidades médicas. Especialidades como las de *medicus ocularius*, *medicus chirurgus*, *medicus clinicus*, *medicus auricularis* y *iatraliptes*, pero también *obstetrices* y *iatromeae*, junto con la figura de los mal conocidos auxiliares médicos pertenecientes a varias categorías (*ad ualetudinarium*, *ab aegris*). De entre ellos, la epigrafía constata como los más frecuentemente mencionados a los especialistas oculares. Un hecho coherente con las informaciones procedentes de las fuentes textuales y con los hallazgos arqueológicos de sellos de colirio, puesto que las afecciones de los ojos debieron ser muy frecuentes en la época romana (y postromana). Por otra parte, el estudio permite constatar que la epigrafía italiana apunta, en relación con las especialidades médicas, que desde finales del período republicano las élites estaban interesadas en contar entre sus subordinados con médicos especializados en cirugía. Una especialidad que, en consecuencia, podía contribuir a la adquisición de independencia y una cierta capacidad económica tras un pasado servil (pág. 90). Y lo mismo ocurrirá con otros especialistas como los oculistas, incluso hasta fechas tan tardías como el 237 d. C. (como evidencia el epígrafe n.º 97 del Anexo D). En cualquier caso la epigrafía no documenta el mismo número de evidencias para todas las especialidades, siendo reducidas las que se refieren a los médicos clínicos, otorrinos o masajistas. En este sentido

es especialmente llamativo el caso de *Merula*, un antiguo esclavo griego, que llegó a prosperar tanto como para pagar su libertad y llegar a ser *sevir* gracias a su profesión de *medicus clinicus chirurgus oculus*, único caso conocido en todo el Imperio (Anexo I, n.º 249) (págs. 111-113). Y de forma similar las *iatromeae* (profesionales a medio camino entre médicos y comadronas) únicamente se documentan en dos casos (ninguno en las fuentes textuales) del siglo III d. C. en Roma y un ejemplo griego de los siglos IV-V d. C. (págs. 130-131).

Mención aparte merecen en el estudio los médicos de la casa imperial (los *medici Augusti* encargados de la salud del emperador, y los *medici domus Augusta/Augustana/Palatinarum*, que se encargarían del personal del palacio), que muestran una estructura sanitaria de cierta complejidad a la vista de los numerosos testimonios epigráficos que se alargan en el tiempo (págs. 139-153).

Con este estudio de la atención médica el libro se adentra en el último capítulo dedicado a los espacios profesionales de la práctica médica. Este bloque temático se enfoca desde una división doble coherente con la realidad de la sociedad romana: la atención pública y la práctica privada de la profesión médica por un lado y, por otro, el ejercicio de la medicina militar. Con respecto a esta última, su organización se fue conformando desde la época augustea, llegando en la de Claudio a la aparición de títulos profesionales específicos. En efecto, como el trabajo muestra profusamente, la epigrafía evidencia su presencia en todas las cohortes y unidades militares, incluyendo las unidades navales

(*medici duplicarii*). Una atención que llegaba incluso a contar con pequeños hospitales en algunas *stationes* de carácter militar (pág. 159). Aspecto relevante es el de la forma en que estos médicos llegaban al ejército. La investigación de la Doctora Alonso muestra a este respecto que se utilizaron diversos y diferenciados procedimientos, que iban desde el alistamiento como simples soldados hasta la contratación como profesional libre de cargas específicamente militares, pero también mediante la formación en el propio *valetudinarium* de la unidad (págs. 168-169). Una atención que permitía la muy notable ratio de un médico por cada doscientos cincuenta efectivos aproximadamente (pág. 171).

En cuanto a los médicos públicos (civiles) vinculados a las entidades ciudadanas, los denominados *archiater* por las fuentes epigráficas, su difusión en las *regiones Italicae Augustae* fue muy limitada, tal y como se desprende del estudio epigráfico. De hecho, la práctica más frecuente debió de ser la que se debía realizar de forma privada, bien mediante el servicio en pequeñas enfermerías en las grandes *domus* señoriales, bien en sus propias consultas (*taberna medica*), cuando el galeno disponía con suficientes recursos económicos. Pero también se constata la existencia de médicos itinerantes que ejercían sus conocimientos en diversas ciudades.

En definitiva, el libro que presentamos es una importante aportación a la historiografía en castellano sobre un tema que no ha sido demasiado frecuentado por la misma. Las virtudes de la obra no terminan en su importante corpus epigráfico, sino en el papel social que los médicos

desempeñaron en la compleja Italia romana, al mismo tiempo que se configura como una excelente síntesis sobre los diversos elementos de la praxis médica en la antigüedad clásica. Ciertamente algunos aspectos de la obra podrían mejorarse. Así, algunos temas se resuelven con menos brillantez, tal vez por no ser el tema central del estudio. Cuestiones esenciales para entender el trabajo de los médicos romanos son tratados de una manera tangencial y genérica, como ocurre en el caso del principal antagonista de los médicos: la enfermedad, y en especial las de carácter infeccioso<sup>1</sup>. Lo mismo ocurre con respecto a las evidencias de carácter arqueológico, tanto en lo referido al instrumental como a las dependencias médicas privadas y militares<sup>2</sup>. O,

1. Las enfermedades de los romanos, tanto las infecciosas como las de otro tipo, cada día nos son mejor conocidas gracias a la combinación del estudio de las fuentes de diversa naturaleza y de los trabajos de la paleopatología: KILLGROVE, K.: «Bioarchaeology in the Roman Empire», en SMITH, C. (ed.), *Encyclopedia of Global Archaeology*. Nueva York: Springer, 2014, pp. 876-882; PICCIOLI, A., GAZZANIGA, V. y CATALANO, P.: *Bones. Orthopaedic Pathologies in Roman Imperial Age*. Nueva York: Springer, 2015; HARPER, K.: *The Fate of Rome. Climate, Disease, and The End of an Empire*. Princeton-Oxford: Princeton University Press, 2017.

2. GOUREVITCH, D.: *Pour une Archéologie de la Médecine Romaine*. París: De Boccard, 2011; BAKER, P.: *The Archaeology of Medicine in the Greco-Roman World*. Cambridge: Cambridge University Press, 2013; ANDERSON, M. y ROBINSON, D.: *House of the Surgeon Pompeii. Excavations in the Casa del*

por limitarnos a cuestiones importantes, los principios galénicos y de las diferentes escuelas médicas que existieron en la época romana<sup>3</sup>. Pero en cualquier caso nos encontramos ante una obra importante, muy bien estructurada, fruto de una investigación

de calado, y que cubre un importante vacío en la historiografía española.

Luis R. Menéndez Bueyes  
*Universidad de Salamanca*  
mbueyes@usal.es

---

*Chirurgo (VI I, 9-10.23)*. Oxford: Oxbow, 2018.

3. Tema clásico pero sobre el que se siguen produciendo importantes estudios: MATTERN, S. P.: *The Prince of Medicine. Galen in the Roman Empire*. Oxford: Oxford University Press, 2013; KEYNER, P. y SCARBOROUGH, J. (eds.): *The Oxford Handbook of Science and Medicine in the Classical World*. Oxford: Oxford University Press, 2018; BOURAS-VALLIANATOS, P. y ZIPSER, B. (eds.): *Brill's Companion to the Reception of Galen*. Leiden-Boston: Brill, 2019.